

MISCELÁNEA

1. Veracidad histórica en Prudencio

Los poemas de Prudencio, aparte su valor literario, son de grandísimo valor histórico: para la hagiografía y aun para la arqueología cristiana. Para la hagiografía, porque nos narran muy al pormenor las vidas o *Pasiones* de algunos mártires, y para la arqueología, porque el poeta hizo uno o quizá dos viajes a la ciudad eterna, dando después en sus poemas algunas interesantes descripciones de los monumentos o lugares visitados como devoto peregrino o condolido penitente.

Naturalmente, Prudencio antes que historiador o narrador de hechos fué poeta, excelso poeta.

Siempre ha sido concedida a los poetas amplia licencia para amplificar y enriquecer en sus poemas narrativos el fondo, a veces pobre o poco conocido, de la gesta histórica que quieren celebrar. Pero esta licencia no les autoriza en ningún caso a mentir. Desgraciadamente en los siglos de la alta Edad media no faltaron hagiógrafos que, al redactar las narraciones piadosas sobre las gestas de los mártires de tiempos lejanos y de los cuales en muchos casos nada o casi nada se sabía de cierto fuera de la simple constatación del martirio, no se contentaron con enriquecer el hecho histórico con pormenores accidentales que lo embellecieran, sino que de plano forjaron leyendas más o menos novelescas que desfiguraban esencialmente la verdad histórica.

El procedimiento más sencillo y corriente era aplicar a su héroe lo que habían leído de otros mártires o santos. El P. Delehayé ha escrito todo un bien documentado e instructivo volumen: *Les legendes hagiographiques* sobre el variado proceder de aquellos hagiógrafos. En esta preciosa obra se puede ver, además, cómo algunos narradores poco escrupulosos injertaron en sus leyendas narraciones fabulosas calcadas en las de los héroes del paganismo. Pues bien, se ha acusado a Prudencio de haber hecho esto último en su himno dedicado a San Hipólito. ¿Tiene algún fundamento esta acusación? Veámoslo.

En el canto XI del Peristhephonon se aplica, es verdad a Hipólito, el sabio filósofo griego-romano, la manera de martirio o muerte tomada del mito del Hipólito pagano, hijo de Teseo. Según esta leyenda, basada en el significado del nombre *Hippo* y *lytos*, el hijo de Teseo habría sido atado fuertemente, con cuerdas, de piés y manos a sendas colas de indó-

mitos caballos que, azotados cruelmente, en su precipitada fuga lo desuartizaron horriblemente. Séneca el trágico nos ha dejado en su *Phaedra* una poética narración de ese horripilante cuadro. Prudencio, según ha mostrado Ficker¹, había leído esa bellísima composición de su compatriota y la había aplicado, coloreándola con arte propio al Hipólito cristiano. Todo esto es verdad. No sin razón el poeta calogurritano ha sido llamado el Ribera de la poesía cristiana.

Pero debemos preguntar. ¿Fue Prudencio el primero que aprovechó el mito pagano? Así lo piensan algunos autores. En cambio si hemos de creer lo que claramente afirma nuestro poeta, hay que responder negativamente.

Y aquí entramos de lleno en la espinosa cuestión de la veracidad de Prudencio como poeta-historiador.

En el largo poema prudenciano dedicado a Hipólito podemos discernir dos partes bien distintas: 1.^a Descripción minuciosa de la cripta sepulcral del santo doctor (y en una digresión preliminar, descripción general de las catacumbas), así como de la devoción popular y culto al insigne mártir. 2.^a Narración muy amplificada de las leyendas referentes a la vida y martirio de dicho mártir. En esta segunda parte, y no es de extrañar, es mucho lo que debe atribuirse a la fecunda imaginación del vate hispano, amparado en la licencia concedida a los poetas, de que ya hemos hablado. Es en esta parte que Prudencio se permite utilizar no poco la narración dramática del Hipólito griego hecha por Séneca.

Pero en la primera parte o descriptiva de los monumentos y fiestas hay exposiciones tan precisas y concretas de las que, de no responder a la realidad, cabría decir que Prudencio mintió descaradamente.

Entre ellas se destaca por su importancia la afirmación rotunda, categórica, casi ponderada con juramento, de que en la mencionada cripta sepulcral existía una figuración pictórica de las horripilantes escenas del martirio de Hipólito destrozado por los indómitos caballos.

En efecto en el citado poema, después de la descripción del horrendo martirio, Prudencio, dirigiéndose a su obispo diocesano Valeriano, a quien va dedicada muy personalmente toda la composición, dice:

La pared teñida da una figuración del crimen, en ella se representa, a
 * varios colores, todo el suplicio.
 Sobre el túmulo se ven pintados, límpida y vivazmente sombreados, los
 lacerados y sangrientos miembros.
 Chupados de sangre vi, óptimo obispo, los ápices de las rocas...

Quién se atreverá a suponer que el poeta al apostrofar en esa forma: «Vi, óptimo obispo» (vidi, optime papa) era capaz de mentir? Y, natural-

¹ G. FICKER, *Studien zu Hippolytsfrage* (Leipzig 1888).

mente, si en la cripta no había ninguna figuración pictórica, rudimentaria, o detallada (en esto cabría exageración del poeta), es que Prudencio hubiera mentido. Precisamente el poema o himno comienza en forma parecida apostrofando al mismo obispo:

Innumerables cenizas de santos hemos visto, oh Valeriano, sacerdote de Cristo, en la ciudad Romúlea.

Si preguntas por los nombres de los títulos incisos en los túmulos, me sería difícil contestarte:

tantas multitudes de justos arrebató el furor impio, cuando Roma veneraba sus dioses patrios...

y sigue una descripción de las catacumbas tan verídica que hoy es considerada por todo el mundo como la mejor que nos ha dejado la antigüedad.

Lógicamente hay que dar la misma fe a esta primera descripción de las galerías y lóculos catacumbales que a la de la pintura del martirio de Hipólito que, a su vez, va seguida de otra precisa descripción de la cripta del santo mártir no menos notable por su colorido y exactitud²:

No lejos de los muros de Roma y de los cultivados pomares que la cercan, una escondida cripta abre sus fosas perdedizas. El estrecho declivio de un sendero, que repliega sus gradas en sí mismo, conduce a las anfractuosidades de este escondrijo, del cual está ausente la luz. Porque la luz del sol llega apenas a la primera abertura de la puerta y no aclara sino el umbral del vestíbulo.

A medida que se avanza por los dédalos de la caverna, la noche se hace más espesa, aunque, de trecho en trecho, los tragaluces abiertos en la bóveda viertan en las tinieblas rayos de viva luz...

Sólo a escritores nórdicos, por su natural tendencia a dar poco crédito a un poeta meridional, se les pudo ocurrir el poner en duda la probidad de Prudencio en este punto. Las razones en que se fundaban para sostener su hipótesis, eran: 1.^a El que en la cripta conservada hasta hoy no hay rastro de tal pintura y, sobre todo, 2.^a el que una figuración tan horrible era contraria a los cánones del arte clásico vigentes en la cuarta centuria.

Contra la primera razón bastará decir que sabemos positivamente por una inscripción del siglo VI que en este siglo se había derrumbado la cripta y fué reconstruída de nuevo en tiempo del papa Vigilio³. Nada tiene, pues, de particular que desapareciera entonces la representación pictórica.

² En la traducción de los versos prudencianos (himno XI) aprovechamos frecuentemente la dada por Lorenzo Riber en su *Aurelio Prudencio* (Barcelona-Madrid 1906): «Pro Ecclesia et Patria», n. 6.

³ Cf. Dict. d'Arch. chrét. et de Liturgie, vol. 6, col. 2466.

Contra la segunda se puede afirmar que hoy ya nadie duda de que tales representaciones eran posibles en tiempo de Prudencio⁴. En efecto, en el Museo Vaticano se guardan algunos preciosos vidrios con temas parecidos grabados en oro, y más conocida es la escena del martirio de San Nereo en el relieve de una columna de la basilica que hay en la catacumba de Domitilla.

Es curioso observar que para dar fe al dicho de Prudencio haya sido necesario poder constatar la existencia de tales figuraciones contrarias a las supuestas normas del arte clásico. Lo natural hubiera sido aducir el testimonio incuestionable de nuestro poeta para concluir que en su tiempo ya no se observaban con rigidez tales normas, de ninguna manera suponer que un autor cristiano, hablando con tal seriedad a su propio obispo, pudiera mentir. No hay que decir que Prudencio pudo exagerar bastante al dar detalles de la pintura de la citada cripta, pero no es lícito dudar de su existencia en forma más o menos rudimentaria (al fresco, en mosaico, sobre vidrio, esto no está claro) y con escenas del legendario martirio del santo doctor.

Otra descripción del mismo poema ha sido objeto de crítica en nuestros días: la del esplendor del culto tributado al ínclito mártir, especialmente en el «dies natalis». Grandes multitudes de la aristocracia y del pueblo de Roma y de las regiones vecinas y lejanas acudían ese día, según el poeta, a la venerada cripta, y, como ésta era incapaz para tanto gentío, contigua a ella existía una magnífica basilica de tres naves en donde se celebraban los oficios divinos. Oigámosle:

La imperial ciudad vomita multitudes como un torrente; plebeyos y patricios confundidos caminan hacia el santuario a donde les empuja la fe. Por las puertas de Alba salen asimismo largas procesiones que se despliegan en blancas filas por la campiña. Todos los caminos que se avencinan a Roma resuenan de rumores confusos. El habitador de los Abruzzos, el aldeano de Etruria, llegan; el fiero Sammita, el ciudadano de la soberana Capua, el morador de Nola han llegado ya. Cada cual gozoso con su mujer y con las prendas de su amor dulces se apresuran alegremente hacia el término. Apenas los espaciosos campos bastan a contener estas festivas muchedumbres y allí mismo donde el espacio parece sin estorbo, su marcha es impedida y lenta. La caverna a donde se dirigen, por más ancha que sea su entrada, es demasiada estrecha para darles paso, pero hay cerca de ella otro templo enriquecido con regia munificencia que los peregrinos pueden visitar. Es un templo de un regio esplendor. Son altos sus muros, imponente su magestad y la opulencia de sus dones...

⁴ Cf. C. WEYMAN, *Beiträge zur Geschichte der christlichen-lateinischen Poesie* (Munich 1929) 75.

Verdaderas garbas de luces pendían suspendidas de móviles cadenas y brillaban en medio de los artesones. La llama, nadando sobre el óleo pingüe, atravesaba de vacilantes claridades la transparencia del vidrio. Creyeras por encima de tu cabeza contemplar la bóveda estrellada del cielo, do brillan ambas Osas, y hacia las cuales se vuelve el timón del Boyero; y la profundidad inmensa salpicada toda con un rocío sideral de gotas purpúreas.

Pero según el P. Delehayé, el insigne hagiógrafo, en los testimonios literarios de la alta Edad Media no se hallan referencias de tan esplendoroso culto a San Hipólito. Las excavaciones modernas no han dado ni un resto de tan magnífica basilica. Por esto el sabio bolandista, que se guardó bien de suponer mentiroso a Prudencio, sospechó que éste debió confundir la fiesta de San Hipólito con la de San Lorenzo, que se celebraba tres días antes. La basilica descrita sería la dedicada a este santo diácono, que, como es sabido, se levanta en la misma vía Tuburtina a unos centenares de metros de la cripta de Hipólito.

Dos son pues los puntos dudosos en la descripción prudenciana: el culto extraordinario y la existencia de una basilica sobre tierra.

Es verdad que los documentos literarios no ofrecen indicios de un culto extraordinario a San Hipólito, pero también es verdad que de estos documentos los más antiguos son sólo de los siglos VI a VIII. Así el Hieronymianum y los famosos guías o itinerarios romanos. Ahora bien, documentos de estos siglos no nos pueden atestiguar con certeza de lo que sucedía a fines del siglo IV y a primeros del V. En cambio los documentos monumentales, mucho más antiguos, contemporáneos de las narraciones de Prudencio, están a nuestro entender mucho más en consonancia con lo que asevera el poeta.

San Hipólito tenía dedicada una de las mayores basilicas subterráneas de la Roma cristiana. Esta cripta-basilica fué renovada con grandes trabajos en tiempo de Dámaso a costa de un presbítero León, según se recuerda en una interesante inscripción conservada casi íntegra⁵. Pero devastada otra vez, y esto conviene tenerlo presente, durante las invasiones bárbaras, según reza otra curiosa inscripción:

Devastata iterum summota plebe precantum
priscum perdiderant antra sacrata decus

volvió, según hemos dicho, a ser reconstruida en tiempo del papa Vigilio (hacia el año 538).

En dicha cripta había un muy devoto altar ante el cual se prostró suplicante Prudencio, y el cual besaban, rociaban con perfumes y bañaban con lágrimas romanos y peregrinos, según nos atestigua el mismo poeta.

⁵ Cf. Dict. d'Arch., vol. cit., col. 2470-71.

Pero sobre todo, San Hipólito tenía dedicada una soberbia estatua en marmol, cosa verdaderamente extraordinaria ya que, si no es al príncipe de los apóstoles, a ningún otro mártir se tributó tal honor. Ahora bien, esta estatua no estaba colocada en la cripta, pues no hubiera dejado de consignarlo nuestro poeta y menos los itinerarios romanos. Luego debería estar en otra mansión, lo que por otra parte queda plenamente confirmado por haber sido hallada la estatua a algunos centenares de metros de dicha cripta. Esta otra mansión casi no podía ser otra que la basilica descrita por Prudencio en las magníficas estrofas citadas antes.

Todo esto indica muy bien que el culto a San Hipólito era algo extraordinario. No es creíble que Prudencio pudiera confundir la fiesta de San Hipólito ni su basilica con la de San Lorenzo, como ha sospechado Delehayé. Precisamente nuestro poeta había celebrado con otro extenso himno del Peristhephanon al santo diácono Lorenzo y descrito igualmente la extraordinaria concurrencia de devotos a su basilica en el día natal, el 10 de agosto. Esto a nuestro entender excluye que pudiera confundirlos. Hay que notar que Prudencio especifica explícitamente que el *dies natalis* de Hipólito era el día 13 de agosto (en las idus) fiesta que recomienda a su obispo Valeriano incluya en su calendario. Lo que sí pudo muy bien suceder es que una gran parte de los peregrinos, de que nos habla el poeta, hubiera acudido a Roma en ocasión de la fiesta de San Lorenzo y quedara allí hasta la de San Hipólito, que se celebraba tres días después. Y, naturalmente, se puede dar por cierto que alguna exageración cabe en las ponderaciones del vate calagurritano.

J. VIVES

2. Un obispado español del siglo V, desconocido

En un reciente estudio del P. Ferrua sobre las catacumbas de Siracusa¹, se publica una curiosa inscripción del siglo V, en que se hace mención de un obispo, seguramente español, cuyo obispado nunca se ha visto mencionado en las historias eclesiásticas.

La inscripción, de paleografía muy descuidada y tosca (fig. 2), está pintada en rojo sobre el estuco blanco y puede leerse, según Ferrua, así:

*a ✕ ω Auxentius His | panus patria ep(iscopu)s Rotdon |
iacet huc, et a <d> iuro vos qui legi | tes...*

quedando las últimas letras ilegibles; quizá dicen, al parecer; *petite q(uo)d acceptum...*, es decir una súplica a Cristo por la salvación eterna del difunto. Puede atribuirse al siglo V.

¹ A. FERRUA, *Nuovi Studi nelle Catacombe di Siracusa* «Rivista di Archeologia cristiana» 17 (1940) 46-47.

Es seguro, pues, que se trata de un obispo de origen español sepultado en Sicilia. El P. Ferrua cree que, además, también se ha de suponer español el obispado *Rotdon*, del cual era obispo Auxencio. Esto no me parece tan seguro, aunque sí muy probable, casi cierto.

Digo muy probable porque no hubo en Sicilia ni en Italia ningún obispado que pueda identificarse con *Rotdon*. No es tampoco verosímil que se pueda referir al obispado de la isla de Rodas, que se llamaba *Rhodus* o *Rhodos* en la antigüedad, ya porque resultaría raro que un español tuviera ocupada aquella sede en tal época; ya porque parece que debiera haberse especificado mejor en el epitafio. Lo natural, puesto que explícitamente se anota la patria del difunto, es que a la misma patria se refiera el obispado, y así lo ha interpretado Ferrua.

Admitido, pues, que se trata de un obispado hispano, no es tampoco segura su identificación. Se ha de pensar naturalmente en Rosas: *Roda*, *Rodae* en la antigüedad. Pero no conocemos ninguna referencia a un obispado en esta villa y aun, a primera vista, parecería eliminarlo el obispado de Ampurias, situado en la misma comarca. La famosa *Hitación* de Wamba no da ningún nombre que se pueda referir a Roda. Tampoco lo dan las listas de sedes episcopales que últimamente ha reunido en un volumen el Sr. Vázquez de Parga², documentos que en sus arquetipos son ciertamente más antiguos que la famosa división atribuida al citado rey godo. Con todo, el silencio de estos documentos no descarta la existencia del obispado de Rosas en el siglo V, pues son ya demasiado tardíos, de una época posterior a las invasiones germánicas.

Una referencia que habla en favor de la existencia del obispado de Rosas la encontramos en monedas visigóticas.

En efecto en tiempo del rey Leovigildo debió haber una ceca en dicha ciudad, pues en una moneda se conmemora la entrada en ella del rey: *Luwigildus r(e)x cum D(eo) i(n)travit Roda*. Ahora bien, es sabido que casi todas las cecas visigodas más antiguas se encontraban en antiguas sedes episcopales. La acuñación de la mencionada moneda hace, pues, muy verosímil la existencia de una antigua sede episcopal en Roda, y la inscripción de Siracusa nos da un argumento muy valioso en favor de la existencia real de dicho obispado en el siglo V.

J. V.

3. Otra inscripción cristiana de Mértola

En el vol. XV del «Archivo español de Arqueología» (págs. 54-62) y también en nuestra obra *Inscripciones cristianas de la España visigoda*

² L. VÁZQUEZ DE PARGA, *La división de Wamba* (Madrid 1943).

(nn. 486-96) publicamos una serie de inscripciones cristianas recientemente descubiertas en la antigua Mirtylis (Lusitania). Se distinguen todas por su característica decoración: un arco sostenido por columnas que encuadra el texto y el encabezamiento por una cruz.

Ultimamente nuestro amigo Dr. Schlunk nos ha facilitado la fotografía de otra inscripción (fig. 1), proveniente igualmente de Mértola, que creo inédita. Fué descubierta en 1930.

Presenta las mismas características de paleografía de las letras y esbozo de la cruz, que parece remedar la estrella ibérica, ya observadas en el citado grupo anteriormente publicado. Pero es curioso ver que en ésta el arco decorativo queda suspendido en el aire, pues faltan las columnas sustentadoras.

El texto, optimamente conservado, dice así:

FORIVNATA	
FAMVLA DEI	<i>For<t>unata, famula Dei, </i> ³
³ VIXIT ANNOS	<i>vixit annos XXII, requievit </i>
XXII REQVIEVIT	<i>in pace d(ie) V kal(endas) </i> ⁶
IN PACE Ð V KAL.	<i>Ianuarias era δLXV.</i>
⁶ IANVARIAS ERA	a. 527
δLXV †	

Seguramente que, por descuido del lapicida, en la lápida se escribió *Foriunata* en vez de *Fortunata*. La forma curiosa de la *F* aparece en otras varias inscripciones, pero en ésta con más limpieza. Lo mismo se diga de la *L*, del nexa *RA* en la voz *ERA* del v. 6, y de la delta griega (v. 7) para la cifra de quinientos.

J. V.

4. Fray Gonzalo de Ocaña traductor del «Flos Sanctorum» anónimo*

Gallardo en su apéndice al vol. 2, del *Ensayo* «Manuscritos de la Biblioteca nacional», nos puso en la pista de un *Flos sanctorum* anónimo, letra del siglo XV¹, cuya signatura actual es ms. 780. Consultado el manuscrito, un vol. encuadernado en piel, 33 × 24 cm., vimos que sólo contenía la segunda parte de la obra, que constaba de tres, según el índice

* Sabida es la parte que en la conversión de San Ignacio de Loyola, convaliente en su casa natal de las heridas recibidas en Pamplona en 1521, tuvo la lectura del *Flos sanctorum* y del *Vita Christi*. Preparando, como estamos, una antología de las lecturas del Santo en este periodo, en nuestras investigaciones sobre la edición del *Flos sanctorum* que leyó el convaliente caballero, nos ha sido posible poner en claro unos datos bibliográficos, de que queremos dar cuenta sencillamente en estas notas.

¹ B. J. GALLARDO, *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, t. II (Madrid 1880) p. 57.

de todo el santoral existente en los cuatro primeros folios sin numerar, al que siguen otros dos también sin foliar con el índice de la segunda parte conservada. Ésta llena los fol. 291-538, de letra uniforme. De otra mano son los folios añadidos: unos, (7, 8, 9 modernos), antes con la historia de la Santísima Trinidad, otros, después (fol. 539-542 modernos) con la vida de Santo Toribio. Recordamos entonces lo que dice fray Pedro de la Vega en la *Vida de N. S. Jesucristo*: «Y seguimos por la mayor parte en muchas de las hystorias deste segundo libro la compilación que hizo de las vidas de los santos el venerable padre fray Gonzalo de Occaña (sic), prior del monasterio de Santa María de la Sisla de la orden de los Hierónimos; el cual las sacó y tomó por lo más de la hystoria que es llamada lombarda, compilada por fray Jacobo de Voragine de la orden de los Predicadores»², tanto más cuanto que acabábamos de dar con una referencia, en la *Bibliografía aragonesa* de J. M. Sánchez, sobre una *Vida de nuestro Señor Jesucristo y de sus santos* de fray Gonzalo de Ocaña, reeditada en Zaragoza (Coci 1516), con añadiduras en la parte, así de la vida de Jesucristo como de los Santos, por otro religioso de la misma orden de San Jerónimo³. ¿Sería el primitivo manuscrito de esta obra el que teníamos en las manos? Fácil era salir de dudas en seguida, pues en la Biblioteca nacional existe un ejemplar de La Vega (2.^a edición, 1541). Iniciamos el cotejo de ambas obras y la coincidencia, a la letra, de una media docena de vidas no nos dejó lugar a duda alguna⁴. Las vidas del manuscrito y las de la Vega eran las mismas. Con esto quedaba resuelta la paternidad del anónimo. Teníamos también a mano el ejemplar del *Flos sanctorum*, conservado en Loyola de fecha desconocida, supuesto anterior a la conversión de San Ignacio. Confrontamos con ella los mismos pasajes, y advertimos al momento que teníamos a la vista otra traducción independiente de un mismo original aun en vidas que no están en La Vega⁵.

² FRAY PEDRO DE LA VEGA. *La vida de Nro. señor Jesucristo: y de su Santissima Madre y de los otros sanctos segun la orden de sus fiestas* (Zaragoza 1541) fol. 449d.

³ J. M. SÁNCHEZ, *Bibliografía aragonesa*, t. I (Madrid 1913) n. 67, p. 107. El título completo de la obra citada es: «La Vida y Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, historia de las festividades de su santísima madre Iglesia (?)... de los santos apóstoles, mártires, confesores y vírgenes». Al fin se lee: «Aquí se acaba el libro que es llamado Vida de Nuestro Señor Jesucristo y de sus santos, según la última y postrimera compilación que dél hizo el muy reverendo y religioso varón fray Gonzalo de Occaña (sic)... Añadido en muchas historias así de las que pertenecen a la vida de nuestro Redentor Jesuchristo, como a las de los Santos por otro devoto religioso de la mesma orden. Hase imprimido a espensas del muy virtuoso varón Jorge Coci Alemán, en la ciudad de Çaragoça a xxvi del mes de Abril. En el año del Señor de mil .D. y XVI».

⁴ Se comprobaron: 1. De la concepción de la Virgen. «En el tiempo del muy poderoso» (ms. fol. 320b-333c; Vega fol. 151abc).—2. Santa Leocadia (ms. fol. 378, 379; Vega fol. 155c).—3. Santa Eulalia de Mérida (ms. fol. 379-388; Vega fol. 155c-157).—4. Santa Eulalia de Barcelona (ms. fol. 429-431; Vega fol. 197, 198).—5. Historia de las letanias (ms. fol. 431-435; Vega fol. 113, 114c).—6. Santos Nereo y Aquileo (ms. fol. 465b; Vega fol. 243c).

⁵ Como la vida de Santa Marina, monja (ms. fol. 476d; Loyola fol. 97).

Sobre fray Gonzalo de Ocaña se puede consultar a Nicolás Antonio⁶, y la *Biografía eclesiástica completa*⁷. Tradujo del latín los *Didálogos* de San Gregorio, a instancias de Fernando Pérez de Guzmán, impresos en 1532, y las *Homilias* del mismo santo, por mandado de la reina de Castilla, doña María (1442)⁸.

5. Una traducción castellana del «Vita Christi» de Eximenis

Revolviendo más el manuscrito de Ocaña, para compararlo más plenamente con la obra de La Vega, que nos había servido de hilo conductor para al descubrimiento, notamos la gran diferencia que entre ambas Vidas de Jesucristo mediaba en los misterios precisamente de Jesucristo. Los de La Vega son una abreviación del *Vita Christi* cartujano, romanizado por fray Ambrosio Montesino⁹. Los de Ocaña nos reservaban otra sorpresa. Muy al principio de la parte conservada, fol. 333d, leímos: «Según dice fray Francisco Ximenes (Eximenis) en el libro que fizo de la vida de N.S. Jesucristo, cumplidos cinco mil años e docientos e diez e ocho años de la criación del mundo, había tanta paz por todo el mundo, etc.». La cita es larga hasta el fol. 350c. Lo mismo se repite en la Circuncisión (fol. 350c-368b). En la Epifanía, Purificación e Inocentes la cita de Eximenis es perpetua (fol. 388d-412b), con sola una intercalación (fol. 408bcd, 409a). Más adelante en el misterio de la Ascensión hallamos todavía otra cita (fol. 443d-451). Existiendo en la Biblioteca nacional un ejemplar de la traducción castellana del *Vita Christi* de Eximenis, mandada publicar, corregida y añadida, por el arzobispo de Granada, Fernando de Talavera (Granada 1496), pudimos cotejar luego esta magnífica edición con el manuscrito de Ocaña. A los pocos renglones nos pudimos convencer de que ambas traducciones son independientes. La parte de la Ascensión de Ocaña no pudo ser confrontada, porque la edición de Granada, primer volumen sin continuación, no alcanza a la pasión y vida gloriosa de Jesucristo. Dejamos a otros estudiosos averiguar, si esta traducción es de fray Gonzalo, o está tomada de la manuscrita, existente en el Arsenal de París (sic. 8321), citada por Massó y Torrent, quien en su monografía *Les obres de fra Francech Eximenis* sólo cita estas dos traducciones castellanas¹⁰, y nada dice de las citas del manuscrito de Ocaña.

J. CALVERAS, S. I.

⁶ NICOLÁS ANTONIO, *Bibliotheca hispana vetus*, t. II (Madrid 1788) p. 255. *Bibliotheca hispana nova*, II (1788) p. 559.

⁷ *Biografía eclesiástica*, 15 (Madrid 1863), voz *Ocaña* (Fr. Gonzalo de).

⁸ B. J. GALLARDO, *Ensayo...* t. III (1883), pp. 1010, 1011.

⁹ A. MONTESINO. *Vita Christi cartuzano romançado por fray Ambrosio*, 4 vol. (Alcalá 1502, 1508).

¹⁰ «Anuari de l'Institut d'Estudis catalans» 3 (1909-10) p. 669.



Fig. 1.—Inscripción cristiana de Mértola (Portugal)

Fig. 2.— El epitafio de Auxencio (catacumbas de Siracusa)



